

DIEGO MATEO

**MUERTE DE
AUDACES**

Platero
COOLBOOKS 

Título: Muerte de audaces

Primera edición: octubre, 2025

© 2025, del texto Diego Mateo.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2730-2025

ISBN: 979-13-87720-44-5

*Aunque ande en el valle de sombra de muerte, no
temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo;
tu vara y tu cayado me infundirán aliento.*
—Salmos 23:4

Índice

Capítulo I La ley contra Aiden Miller.....	9
Capítulo II Desleales	19
Capítulo III El rancho familiar	35
Capítulo IV El tahúr.....	49
Capítulo V Ratas en el atolladero	63
Capítulo VI Bajo el sol del Colorado	81
Capítulo VII Rumbos opuestos	107
Capítulo VIII Un viaje por el pasado.....	119
Capítulo IX El niño mendigo.....	153
Capítulo X Una digna despedida.....	165
Capítulo XI Un trato arriesgado.....	181
Capítulo XII Duelo sin miramiento.....	195
Capítulo XIII Una última ofensiva.....	209
Capítulo XIV Una vida apacible.....	223
Capítulo XV Un final, un principio	235

Capítulo I

La ley contra Aiden Miller

Año 1897. El forajido Aiden Miller tenía un precio por su cabeza de cuatro mil dólares en todo Estados Unidos. El 23 de mayo, el banco más acaudalado de San Francisco fue atracado por la banda de Miller, que era comandada por él desde 1886. Los catorce miembros —considerados como la última gran agrupación de atracadores de la época— salieron corriendo hacia las postas donde se hallaban sus corceles, pero parecía ser que uno de estos catorce hombres había dado un soplo a las autoridades y sellado un pacto con el gobernador de California. Cuando los caballos y todos esos forajidos fueron tiroteados, Aiden pudo escapar refugiándose de las balas entre los cuerpos de sus compañeros que iban cayendo al suelo. Se escabulló por un callejón entre fuego enemigo como alma que llevaba el diablo y, tras robar un caballo, galopó hacia el sur por la costa durante diez millas hasta que perdió de vista a sus captores.

Los hermanos cazarrecompensas, Edward y Bonnie Davis, siendo apoyados por el gobernador de California y los agentes de la ciudad y con la ayuda interna del secuaz de Aiden, Johnny Jenkins, fueron los encargados de urdir todo el plan contra la agrupación, pero jamás habrían pensado que Miller pudiera salir ileso de tal escaramuza. A partir de la huida del bandido, se pusieron en marcha para atraparlo.

Aiden, el famoso pistolero de entre treinta y cinco a treinta y siete años —su fecha de nacimiento era desconocida hasta por las autoridades—, era considerado el último forajido del viejo Oeste. Tenía una barba ligeramente canosa que cubría la parte inferior de su rostro, con las

patillas algo cortas y, conforme llegaba a su barbilla, el pelo llegaba a cubrir hasta tres dedos situados de forma horizontal bajo ella. El pelo de su cabeza era castaño claro y siempre se lo peinaba hacia atrás, aunque lo llevaba cubierto en todo momento por un sombrero. A todas horas colocaba la mano derecha sobre la funda donde portaba su famosa Colt, con su nombre tallado en la empuñadura, y vestía con una camisa gris claro, acompañada por un chaleco de un negro intenso, una chaqueta marrón y unas botas del mismo color ajadas por el tiempo. El forajido había sido instruido en su adolescencia por los famosos hermanos Frank y Jesse James, e incluso llegó a participar en sus últimos golpes juntos. Algunas lenguas bífidas llegaron a decir de Aiden que él fue la última persona viva en ver el cadáver del pistolero Robert Langford en 1880, siendo tan solo un adolescente menor a los dieciocho años, pero aquello no eran más que historias para no dormir.

El cuatrero, tras huir de San Francisco, llegó a una extensa playa donde no oteaba más que cuatro o cinco casas en el horizonte. Bajó del caballo, no sin dejar la bolsa que aún conservaba con doce mil dólares, ató al animal en la posta de una de las casas y se acercó al porche.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó mientras golpeaba a la puerta con el puño cerrado.

—¿Quién arma tanto escándalo? —dijo una anciana tras la madera de la casa.

—Solo soy un buen samaritano que precisa de ayuda, señora. Le pagaré.

—Anda, pase, hijo. No coja frío —respondió la señora septuagenaria abriendo la puerta.

—Se lo agradezco.

El bandido se adentró en la casa; era un lugar humilde, con una sala de estar en la que había una pequeña chimenea en funcionamiento. El marido de la señora estaba a la vera del fuego, sentado sobre una mecedora. También llamó la atención de Miller que todo estaba repleto de estantes con tallados de todo tipo, desde serpientes de cascabel hasta representaciones de la pareja cuando eran jóvenes.

—Vaya, qué maña tiene usted con los tallados, ¿no? —preguntó amablemente el cuatrero.

—Así es, joven.

—Hacía tiempo que nadie me decía que era joven.

—Pues lo es.

—Y, dígame, señor...

—Earl Watkins.

—Dígame, señor Watkins, ¿a qué se dedica usted para hacer esas figuras tan magníficas? ¿Las vende?

—Trabajo en una maderería a poco menos de tres millas. No se gana mucho, pero al menos me dan madera gratis.

—Mi marido hizo esta casa con sus propias manos —añadió la mujer orgullosa, preparando la cena.

—Es usted todo un manitas.

—Bueno, mi Rose es una exagerada. Me ayudaron unos vecinos, pero en parte sí que la construí yo.

—No conocía su nombre. Encantado, Rose.

—¿Y qué nombre es el que le pusieron sus padres, joven?

—Aiden Miller.

—Ha sido sincero. Yo pensaba que nos daría un nombre de pega —expuso Earl.

—¿Por qué le daría un nombre que no es el mío? Todo Estados Unidos conoce mi rostro por los periódicos. Yo no soy como esos del Gobierno, no engaño.

—Pues, señor Miller, es todo un honor tenerle en nuestro hogar.

—El honor es mío, amigo Earl.

—¿Qué ha sido de sus hazañas? Llevamos muchos meses sin leer aventuras tuyas.

—Pues espere a mañana. No le fastidiaré la sorpresa. Por cierto, esto es para ustedes, por acogerme esta noche y darme de cenar. —Sacó quince dólares de su bolsillo y los dejó sobre una mesita.

—¡Hijo! No pensamos aceptar su dinero —dijo la anciana.

—Yo lo dejo ahí. Me sentaría mal si no lo aceptaran.

—De ningún modo. Una pregunta que tengo, ¿de verdad conoció usted a Jesse James?

—Así es, señora. También a Bob Ford, pero lo que hizo...

—Fue un acto terrorífico lo de acabar con él cuando le tenía de

espaldas —expresó el anciano.

—Desde luego. Siempre me sentiré culpable por aquello. Él me quiso para esos últimos trabajos, pero yo me tuve que ir a tratar unos quehaceres personales y por eso recurrió a Bob.

—No conocíamos eso. Igualmente, fue algo lamentable lo de ese Bob. Tuvo su merecido —respondió la anciana, llevando unos vasos con licor a la mesa.

La noche en aquella casa a la orilla de la playa transcurrió tranquila. A Aiden le costó conciliar el sueño, ya que no dejaba de pensar en cuál de sus secuaces le había traicionado. Tampoco tenía claro quién había muerto y quién no en aquella masacre; el recuerdo en su cabeza era caótico, pero finalmente logró dormir durante un rato, no sin antes sacar una carta de su chaqueta y leerla detenidamente.

A primera hora de la mañana, unos ruidos alertaron al forajido, que se levantó de la esterilla que la pareja de ancianos le había prestado amablemente para dormir en el salón. Movi6 de forma mínima la cortina para vislumbrar lo que sucedía fuera y encontró a dos policías hablando entre ellos:

—¿Seguro que es este el caballo robado por Miller? —preguntó uno de ellos.

—Sin duda. Lo describen con una montura marrón oscura, con patas blancas y el resto del cuerpo negro. Debe ser este —respondió el otro, mientras se acercaban al caballo lentamente para no asustarle.

Aiden se abotonó la camisa, se puso el chaleco y se colocó la chaqueta marrón; enfundó su Colt y agarró la bolsa con el dinero. Abrió la puerta trasera con cautela y fue hacia los dos hombres por detrás, que intentaban sujetar las riendas del corcel.

—Suelta a ese caballo —dijo con tranquilidad Miller, mientras amartillaba el revólver y colocaba la boca del arma en el cogote de uno de los policías.

—¿Es Aiden? —susurró uno al otro, sin haberse girado todavía.

—El mismo que viste y calza —exclamó en tono altivo el forajido—. Ahora quita tus sucias manos de las riendas de mi caballo y échate a un lado.

—S... sí, señor.

Antes de poder apartarse del todo, uno de estos se giró e intentó abalanzarse sobre el revólver de Miller y este respondió disparando sobre el pecho de su contrincante, que cayó de bruces en el suelo, dolorido por el tiro. Quieto durante un par de segundos y observando lo ocurrido, el otro hombre hizo el mismo acto de cargar contra él, a lo que Aiden respondió dando un paso hacia atrás, guardando el arma de fuego y sacando de su cinto, oculta tras la chaqueta, una navaja que le incrustó en la parte baja de la mandíbula y le traspasó el cráneo.

—Est... estás bien jodido, bandido —musitó el agente, que seguía retorciéndose en el suelo.

Aiden subió a su caballo y desde él remató al tipo, que dejó de mover las piernas. Miró rápidamente a todas partes; tan solo tenía dos opciones: podía ir por la colina que conducía al sendero o galopar con el caballo por la playa, aunque eso le obligaría a ir más lento. En los pocos segundos que se paró a pensar a lomos del animal, se vislumbraron cinco caballos y a sus respectivos jinetes. Dos de ellos eran agentes rasos y no los conocía. Sin embargo, a los que estaban a lomos de los otros caballos sí: eran Edward y Bonnie Davis, hermanos cazarrecompensas con los que tenía una larga y pasada historia, pero el último jinete... Era su viejo compañero de banda y pupilo, Johnny Jenkins. Ahora sabía quién había sido la rata que había cantado el plan a perseguidores.

Con una mirada de odio profundo, sacó su revólver y galopó al ras de la colina para poder rodearlos y escapar por el sendero que le llevaría al sur. Sus perseguidores galopaban casi con la misma rapidez con la que Aiden huía, pero el corcel de Bonnie parecía ser algo más veloz que el del resto, de modo que en menos de una milla se había puesto casi a su mismo nivel. Miller empezó a disparar a los que venían atrás suya sin acierto, debido a la velocidad con la que cabalgaba. Pese a que la cazarrecompensas era la que más cerca estaba de él, Aiden no quiso tirotearla. Alcanzó a uno de los guardias en la cabeza y también a la montura de Johnny, haciéndole saltar por los aires y caer sobre la hierba, donde pocos segundos después fue recogido por el guardia que seguía con ellos. Pocos minutos más tarde, Aiden se salió del camino y avanzó por una extensa llanura por la que pasaba un tren en ese mismo momento. El bandido cabalgó hasta ponerse al lado de uno de los vagones de mercancías traseros, pero cuando fue a

impulsarse para saltar, Bonnie extendió el brazo desde su corcel, que se ubicaba a su lado, y le sujetó la chaqueta.

—¡Apártate, Bonnie! —gritó Aiden.

—¡No! ¡Ha llegado tu momento, desiste ya!

—¡Hermana, quita el brazo para que tenga un tiro limpio! —ordenó Edward, cabalgando a pocos metros.

Aiden propinó una patada a la cabeza del caballo de Bonnie, lo que ocasionó que el animal se fuera hacia el lado y, rápidamente, aseguró el saco con el dinero en su espalda y saltó al tren. Edward disparó y dio en el muslo derecho del pistolero, que se agachó sobre el techo del tren y recargó el revólver lo más rápido que pudo. En esos segundos, Edward aprovechó para saltar y ambos se pudieron ver frente a frente. Miller no quiso arriesgarse a terminar de preparar el arma, por lo que sacó el cuchillo. Edward cogió también el suyo y fue a atacarle. Miller desvió el ataque yéndose hacia la izquierda, pero se desestabilizó por el giro que estaba dando el tren en una curva y también porque se acababa de apoyar en la pierna herida. Intentando mantenerse de pie en el borde del techo, Edward volvió a la carga y trató de apuñalar a Aiden, que lo volvió a desviar apartándole la mano. Teniendo al mayor de los Davis de lado, fue de forma veloz a rajarle el brazo, pero Bonnie, que acababa de subir también, lo detuvo con un placaje que hizo ver las estrellas al bandido. Bajo ella, Aiden reaccionó y con el puño cerrado golpeó la cara a Bonnie, que se hizo a un lado y cayó del tren en marcha. Edward volvió a marchar contra él, y, más avisado que hacía unos segundos, el cuatrero se levantó e incitó a su oponente. Ambos intentaron apuñalarse, pero se sujetaron los brazos mutuamente para no proseguir con ello y se midieron en un duelo de fuerza improvisada, hasta que Aiden se tiró al suelo y, por pura inercia, Edward cayó tras él; Miller hizo un esfuerzo con ambas piernas y logró empujar del techo del vagón a Davis, haciendo una especie de efecto palanca. El bandido se había salido con la suya y estaba rumbo a algún lugar desconocido. Miró hacia atrás, donde los cazarrecompensas cayeron, y susurró:

—A más ver, mi querida Bonnie.

A continuación, sacó de su zurrón un pañuelo de tela, se lo apretó con fuerza donde tenía la herida de bala y se dispuso a bajar del techo y caminar hasta el vagón de pasajeros, solo a un par de coches por delante,

ya que los últimos solían contener el equipaje. Los civiles se asustaron al ver entrar a Aiden, puesto que no comprendían muy bien qué es lo que ocurría.

—Disculpe, caballero, ¿quién es usted y qué hace en este tren? —preguntó un hombre uniformado de gris.

—Ni siquiera me he sentado y ya me está bombardeando a preguntas. Es usted muy descortés —respondió el forajido, sentándose en uno de los asientos libres.

—Es que uno no puede subir aquí porque sí. Debe pagar por el viaje o bajarse en la siguiente estación.

—Vaya. De modo que es usted el revisor del tren. ¿Qué pasa? ¿Le niega poder viajar a alguien que no tiene dinero? Y aunque lo tengo, y en grandes cantidades —dijo sonriendo a una joven que tenía al lado—, ¿le negaría a alguien que no tiene ni un dólar un viaje imprescindible?

—Señor, mi trabajo es asegurarme de que todos pagan por viajar en esta línea de ferrocarril.

—Pues debe estar su madre orgullosa de usted. —Se levantó y se acercó cojeando al revisor—. Imagine que tiene un familiar enfermo, digamos en... Colorado, pero resulta que no tiene ni un dólar para ir de San Francisco a su destino. ¿Le negaría el viaje para cuidar a ese familiar?

—Lo lamentaría por él, pero es que este es mi trabajo.

—Respuesta equivocada —dijo Aiden, que al instante de pronunciar esas palabras propinó un tremendo puñetazo al revisor, haciendo que cayera desmayado al suelo entre los asientos de los pasajeros, los cuales se sobresaltaron con aquella escena—. Vosotros dos, pie tiernos —se dirigió Miller a dos hombres bien vestidos—, llevadle al vagón trasero y atadlo bien. Si no lo hacéis, os ocurrirá algo peor.

—Sí, señor —contestó uno de ellos.

—Y ahora que he solucionado el tema de mi pasaje. ¿Hay algún médico por aquí?

—Yo... yo mismo, señor —dijo un hombre negro.

—¡Guau! No sabía que dejaban a los negros tener oficios de verdad.

—Soy canadiense, señor.

—¿Sabe qué? Me alegro por usted. Venga aquí a curarme esta fastidiosa herida de bala.

Aiden extendió la pierna y mientras el médico se concentraba en sacar la bala, limpiar la herida y coserla, el bandido se dedicaba a hablar con la joven a la que había sonreído antes:

—Entonces, veintitrés años me ha dicho, ¿no, señorita? ¿Y qué hace una mujer tan bonita yendo a un pueblo tan feo y pequeño como Los Baños?

—Es usted un descarado, ¿eh?

—No lo sabe usted bien, y más si algo me atrae.

—¡Señor Miller! —respondió ella con sonrojo.

—Señor, ya tiene la pierna cosida —dijo el doctor—. Intente no depositar mucho peso en la pierna y no caminar en exceso. Debería comprar también algún analgésico en cuanto lleguemos al pueblo.

—Claro. Tome sus honorarios. —Extendió su mano para darle veinte dólares.

—Gracias, señor —dijo marchándose mientras agitaba el dinero—. ¿Sabe? No es usted tan malo como dicen.

—Eso es porque dicen que soy como quieren que me vean.

Quince minutos más tarde, el tren llegó a un pueblo llamado Los Baños y Aiden bajó todavía conversando con la joven a la que había encandilado en el tren y la acompañó hasta la casa de su tía. Luego caminó hasta la armería, donde compró un buen fusil y balas y fue al establo para hacerse con un corcel de color marrón ocre por el que pagó cuarenta y cinco dólares. Soltó otros tres dólares para pagarse una noche en la única posada del diminuto pueblo y subió hasta su habitación. Allí encontró un armario clásico que de dos golpes rompió y escondió el dinero tras la pared, a la que le colocó como pudo de nuevo la madera. Limpió su revólver y bajó a la calle principal.

Paseando hasta la taberna, Miller ya se había fijado en cómo le seguían con la mirada y susurraban a su paso los lugareños. Al entrar en la taberna, se hizo el silencio. Una cantidad incontable de ojos estaban depositados en su figura, pero el cuatrero obvió aquello para seguir caminando hasta la barra.

—Camarero, póngame un vaso doble de *whisky* escocés —dijo Aiden.

—Enseguida.

—¡Ese no es Aiden Miller! —gritó un borracho del fondo.

—Aquí tiene, señor —dijo el camarero, depositando el vaso sobre la

barra—. No haga caso a Sandy, se le va la cabeza.

—Toma dos dólares, uno por el *whisky* y el otro por el vaso —respondió Aiden.

De un trago se metió en el gaznate la bebida y se giró para lanzar con rapidez el vaso a la cara de Sandy, el borracho. El recipiente se deshizo en cientos de pedazos de cristal que le entraron por los ojos y cayó gritando al suelo.

—Y ahora que alguien me traiga algo de comer. ¡Sacad a esa nenaza de ahí!

—¡Sí que es Aiden Miller! —gritó otro hombre, sentado en una mesa cercana a la barra.

—Señor, ¿qué hace en un pueblo tan pequeño como este? —preguntó un muchacho de no más de dieciséis años, mientras se formaba alrededor de la barra un corrillo.

—No te debes sentir avergonzado por vivir en un pueblo pequeño, es más, debes estar orgulloso de pertenecer a un grupo tan único.

—Nunca lo había visto así, señor Miller.

—Pues ya lo sabes, joven. Y con respecto a qué hago aquí, es muy sencillo; he atracado un banco en San Francisco y me persiguen.

—¡Es usted increíble! —exclamó otro vaquero.

—¿Y los hombres de su banda? —preguntó el muchacho.

—Solo quedo yo, amigos míos. ¿No les parece triste que por defender al pueblo me persigan como a un perro?

—Completamente, señor Miller. Más personas deberían ser como usted y el difunto Jesse James. Ha pasado más de una década de su muerte y aún se le echa de menos —expresó un anciano entre el corrillo—. Pero el pueblo siempre le tendrá a usted.

—Eso espero, amigos. Aunque es posible que mañana estén aquí y, ahora que se me ocurre, ¿no podrían ustedes distraerlos o darles algún tipo de pista falsa sobre mi paradero?

—¡Claro! Haremos lo necesario por usted. Aún no me creo que tenga delante a Aiden Miller —dijo el chico entusiasmado.

—Haced que me sienta orgulloso de todos vosotros. Y ahora, ¿dónde hay mujeres? ¿He entrado al único bar donde solo hay pistolas y barbas de un mes?

—No, señor. Aquí, a una tirada de piedra, hay un establecimiento de señoritas. Le acompañamos —expuso un lugareño.

Aiden disfrutó aquella noche llevando a dos muchachas a su habitación de hotel. Como era de esperar, no durmió en exceso. A primera hora se levantó e intentó no despertar a las mujeres que se hallaban en la cama. Se colocó la ropa, cogió su dinero y miró por la ventana que daba a la calle principal del pueblo, donde el joven de dieciséis años junto a muchos otros pueblerinos estaban hablando con Bonnie y Edward, que iban acompañados tanto por Johnny como por un grupo de más de una veintena de agentes.

Miller salió al pasillo de aquella segunda planta y abrió la ventana que daba al tejado de la parte trasera, por el cual se deslizó y cayó a un callejón tras la principal. Desde allí, caminó con sumo cuidado hasta los establos y recogió su caballo para marcharse, pero mientras cabalgaba ya por las afueras del pueblo, comenzó a oír tiros lejanos. Él sabía el efecto que provocaba en la gente y hasta dónde sería capaz de llegar por salvar su pellejo, pero dado el momento, tenía claro que no podría acabar con la vida de Bonnie.

Cabalgó raudo, haciendo pequeñas paradas e intentando alejarse de los caminos para que a las autoridades les fuera más complicado dar con él. El siguiente lugar al que iría no sería otro que el viejo rancho de su familia a las afueras de la localidad de Five Points, a sabiendas de que refugiándose en un lugar concreto daría tiempo para que sus captores se reorganizaran y prepararan mejor, pero a Aiden siempre le había gustado enfrentarse a retos con pocas opciones de salir airoso.

Capítulo II

Desleales

El 16 de mayo de 1897, una semana antes del atraco al banco de San Francisco, la agrupación de Miller llegó a un rancho aparentemente deshabitado para planear aquel nuevo asalto. Tras abrir la chirriante puerta de la casa de madera, se toparon con unos sintecho dormitando en el gran salón a oscuras. El rayo de luz que entró por la puerta alertó a aquellos hombrecillos, que se levantaron torpemente y, mientras uno se alejaba chocándose contra una vieja mesita baja, el otro amenazaba a los bandidos con un cuchillo oxidado. Uno de los secuaces de Aiden caminó hasta el hombre y de un golpe seco en la barriga hizo caer al vagabundo sin tan siquiera pronunciar un grito de dolor. Al hombre malherido le echaron fuera de los límites del rancho y al que se había escondido lo dejaron a su lado. Nada más ponerlo en libertad, echó a correr por la extensa llanura del valle hasta perderse en las montañas lejanas.

Resultaba curioso observar a las bandas de forajidos fuera del imaginario colectivo que tenía la sociedad en torno a ellos, como que solo se molestaban en robar, comer, fornicar y dormir, pues al menos la banda de Miller adecentaba los lugares que ocupaban, ya que no les gustaba convivir con la suciedad y las ratas. Claro está que todos limpiaban menos Aiden, que pasaba esos pequeños ratos investigando la zona y pensando en posibles nuevos atracos.

En la noche de aquella jornada se reunieron en el salón de la casa y reactivaron la chimenea para asar unos trozos de carne que llevaban envueltos en paños.

—Jefe, ¿cuándo vamos a atracar algo importante? Los chicos, y debo decir que yo también, estamos hartos de esperar —expresó Luke Martins, la mano derecha de Aiden.

—Luke, muchachos, comprendo que tengáis ganas de alboroto, pero en aquel atraco de Salt Lake armamos un escándalo que todavía se recuerda. Sin embargo, hoy estoy de buen humor, así que os voy a contar cuál va a ser nuestro próximo golpe.

Los cuatreritos celebraron entre aplausos y alguno incluso alzó el puño en el aire como señal de victoria.

—El 23 de mayo, antes de que caiga el sol, asaltaremos el Banco Nacional Fisherman de San Francisco, para luego cabalgar hasta México, quizá llegar a la Baja California, Sonora o algún pueblecito como Vado Carranza, ya veremos —dijo Aiden.

—Pero, Aiden, ese banco ya lo intentaron atracar los de Arnold y también la banda de Kerry, pero los pillaron a los dos —respondió Johnny Jenkins.

—¿Olvidas quiénes somos? Atracamos el de Salt Lake, nos cargamos a tres *rangers*, secuestramos al hijo del magnate de los barcos Madness y también haremos esto. Maldita sea, Johnny, aprendí de Jesse James.

—¿Cómo puedes dudar? —preguntó uno de los hombres de Aiden.

—¡No quiero negativos! ¿Quién tiene la prisa? —preguntó Luke.

—Está en las alforjas de mi caballo —dijo Callus, uno de los muchachos más jóvenes.

—¡Pues sácala, maldita sea! —exclamó Luke.

—¡Levanta el culo! —exclamó Aiden, tirando al joven un trapo de tela a la cabeza.

En la noche, bebieron, contaron anécdotas alrededor del fuego y a la una de la madrugada ya estaban todos durmiendo. La primera guardia de dos horas la hizo el joven Callus y la siguiente Johnny Jenkins, que se encontraba sentado en una mecedora contemplando las afueras desde una ventana, hasta que decidió salir más allá de los límites del vallado para orinar entre unos arbustos mientras admiraba el cielo estrellado. Cuando terminó, sintió que una mano le tapaba la boca y con la otra le sujetaba para que no pudiera oponer resistencia. De repente, mientras esa persona le oprimía la boca y los brazos, otra se colocó delante suya. Era una vieja

conocida llamada Bonnie Davis, antaño forajida y desde hacía unos años cazarrecompensas.

—Escucha, Johnny, si te callas, mi hermano te soltará para que tengamos una tranquila charla. Si haces lo que te decimos, no morirás. ¿Entendido? —preguntó ella, mientras él asentía con la cabeza.

—¿Qué diablos haces aquí, Bonnie?

—Trabajar, ya lo sabes.

—Alejémonos entonces, Aiden podría estar observando desde las ventanas —dijo Johnny.

—Será lo mejor —respondió Edward.

Caminaron durante unos minutos hasta que decidieron pararse a conversar:

—Bien, ahora decidme qué es lo que queréis, porque si no acabáis conmigo al terminar esta... esta lo que sea, iré a contarle todo a Aiden.

—Estamos aquí para hacer un pacto contigo. Llevamos persiguiéndolos desde Nevada y tras esas montañas hay escondidos más de una treintena de agentes esperando nuestras órdenes —dijo Bonnie.

—¿Acaso quieres morir? —preguntó Edward.

—Nadie quiere diñar, maldito estirado —respondió Johnny.

—Pues vas a traicionar a Aiden si no quieres que tu cuerpo acabe en una zanja con una bala en la mollera —dijo Bonnie.

—¿Quieres que le traicione como hiciste tú? No, n...

—Te juro que, como no te calles y acates lo que decimos, acabamos contigo aquí mismo, y me da igual que Aiden pueda oír el tiro —interrumpió Bonnie a Johnny.

Mientras, Edward amartilló el arma y colocó la fría boca del revólver contra su cogote.

—¡Vale! Está bien —se resignó Johnny—. ¿Qué debo hacer?

—Tan solo decirnos cuál va a ser vuestro próximo asalto —dijo Bonnie.

—¿Podemos hablar solos? No me fío de tu hermano —dijo Johnny a Bonnie—. Nada personal, Edward, pero si quieres es personal.

—Mira, perro sifilítico... —respondió cabreado el cazarrecompensas, siendo interrumpido por Bonnie.

—Edward, déjanos a solas un momento.

—Ya hablaremos tú y yo —dijo Edward al forajido y posteriormente se apartó unos metros y sacó un cigarro de un bolsillo interior de la chaqueta para fumárselo.

—No tenemos tiempo, Jenkins, dime ya cuál es vuestro plan e intentaré que no te salpique llegado el momento —exigió Bonnie.

—Según ha contado Aiden, el 23 de mayo asaltaremos el Banco Nacional Fisherman antes del crepúsculo.

—La madre que le trajo... ¿El del centro de San Francisco?

—Así es.

—Ya veo que Aiden no pierde el tiempo con detalles. ¿No sabes cómo vais a entrar ni nada más?

—Solo ha dicho eso.

—Huelga decir que nuestra visita es confidencial.

—Y si tenéis tantos hombres alrededor de estas montañas, ¿por qué no nos dais caza ahora mismo?

—No podemos arriesgarnos a un tiroteo en un valle de estas características y que caigan más hombres de los que podamos justificar al gobernador.

—Comprendo. ¿Volveré a saber de ti?

—Muy pronto. Estaremos siguiéndoos. La penúltima noche antes del atraco debes quedarte solo estéis donde estéis para que podamos compartir nuestra información.

—¿Qué pasaría si lo cuento?

—Johnny, sé que no eres idiota. Te conozco desde hace muchos años. Yo misma te enseñé a disparar, debes confiar en lo que te digo. Todo esto de los forajidos y los pistoleros está tocando a su fin. Si haces este trato, se te proporcionará una carta de libertad y quedarás exento de tus actos.

—¿De todos?

—Completamente.

—Trae esa carta de libertad firmada por el gobernador el día que nos veamos y confiaré en tu palabra.

—Trato hecho entonces.

—Y también quiero la mitad de la recompensa de Aiden.

—Eso es imposible, te puedo dar los setecientos por la cabeza de Luke y los trescientos por la de Pearson.

—Bueno, algo es algo.

—Pues a más ver, Johnny.

—Una última cosa, Bonnie, ¿por qué dejaste tirado de aquella manera a Aiden? Entiendo que fue una situación dura, pero abandonarle así...

—Es asunto mío, pero créeme si te digo que tenía mis razones al hacerlo.

—Creo que no te entiendo.

—Solo debes comprender que debemos tomar nuestras propias decisiones, y siempre son ajenas al resto. Si te beneficia a ti, es lo que debe importarte.

Bonnie hizo un gesto con la mano a su hermano Edward para que comprendiera que la conversación había concluido. Este dio una última calada al cigarro, que todavía estaba por la mitad, y lo arrojó al suelo. Regresaron a pie durante una milla, donde dejaron a sus caballos para no llamar la atención ni siquiera desde la lejanía.

Habiendo montado en los corceles, Edward miró a su hermana sonriente.

—Bonnie, te confieso que a veces no sé cómo puedes soltar tantas mentiras seguidas sin que suene falso.

—¿A qué te refieres?

—A lo de la treintena de hombres escondidos y a la carta de libertad que le has dicho, ¿o he escuchado mal con esto último?

—Tienes buen oído, viejo lobo del desierto. Debemos hablar con el gobernador de California y que nos proporcione hombres para enfrentarnos a ese atraco. Y con respecto a la carta, ¿conoces a alguien que falsifique documentos en San Francisco?

—En estos veinte años ejerciendo este trabajo he conocido a mucha gente, hermanita.

Por otro lado, Johnny entró en la casa con la mayor cautela posible, midiendo sus pasos para no despertar a ninguno de sus compañeros. Sin embargo, cuando alcanzó la cocina, encontró a Aiden sentado de espaldas y leyendo una carta con varias dobleces.

—¿Qué hacías fuera, Johnny? —preguntó Aiden sin tan siquiera girarse.

—Estaba... estaba meando —respondió inquieto.

—No has bebido mucho esta noche, ha sido una meada larga, ¿no?
—Bueno, me he entretenido. La noche está despejada y el lugar es bonito.

—Supongo que sí. Ven, siéntate.

—Es tarde, Aiden. Iba a llamar a mi relevo para la guardia.

—La hago yo, pero ven aquí un momento.

Johnny cogió una silla y se sentó a menos de un metro de él.

—¿Qué ha pasado, Jenkins?

—Nada, Aiden. ¿Por qué lo preguntas?

—Has titubeado antes y tú no titubeas.

—No he... quiero decir, no es que haya titubeado, supongo que llevo pensando en el atraco desde que lo has dicho antes.

—No titubees, sobre todo no lo hagas delante de los chicos. No quiero dudas y mucho menos miedo, si alguien lo mostrase, tendría que pegarle un tiro para hacerme respetar, pero tú lo comprendes, eres un chico listo.

—Sí, te entiendo —dijo Johnny tragando saliva.

—Puedes ir a dormir —incidió Aiden.

El forajido permaneció en la cocina y, tras marcharse su compañero, sacó de nuevo la nota y continuó leyéndola. Durante más de media hora estuvo leyendo sus líneas en bucle, hasta que se hartó y la replegó para volver a guardarla en el interior de su chaqueta. Luego salió y caminó decidido bajo la luz de la luna sin rumbo fijo hasta que encontró en el suelo un cigarrillo a medio fumar. Se agachó para recogerlo y miró rápidamente hacia las lejanas montañas que se vislumbraban al final de aquellas llanuras.

—Conque a mear —dijo en voz baja.

Miller despertó a todos a las seis de la mañana, cuando todavía no había amanecido, y los reunió malhumorado en el porche de la casa.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Luke.

—Pasa que alguien de aquí me ha mentido —dijo moviéndose de un lado a otro—. ¿Quién ha hecho esta noche guardia, Luke?

—Creo que Callus, luego Johnny y...

—Y luego yo —terminó Aiden su frase.

—Tengo motivos para pensar que uno de vosotros dos me ha traicionado.